

— Un amigo de Justino ; no tengáis miedo, Mina.

Pero á pesar de las palabras tranquilizadoras que acababa de oír, lanzó Mina un grito de espanto al ver salir de la espesura aquel hombre, acompañado de un perro de la magnitud desmesurada de los animales del Apocalipsis, que pretendía ser enviado de Dios y amigo de Justino.

Era verdaderamente una aparición fantástica, y la joven intentaba en vano explicársela : colocó sus dos manos sobre sus ojos y bajó la cabeza murmurando :

— ¡ Oh ! quienquiera que seáis, sed bien venido. Todo, todo, todo, antes que pertenecer á ese infame.

Y ahora el lector se explicará por qué no cantaba el ruiseñor en un parque, donde pasaban cosas tan terribles.

CAPÍTULO XII.

EXPLICACIONES.

Ya se ha visto, y es fácil comprenderlo, que el primer movimiento de Mina fué todo de espanto. Pero al oír la voz dulce y simpática de Salvador, al comprender que se había detenido á tres pasos de ella, y permanecía allí sin atreverse á avanzar, por miedo de redoblar su terror, dejó dulcemente caer las manos, con que se había cubierto el rostro, y sus ojos habiendo cambiado una mirada con los de Salvador, comprendió que, como había dicho el joven, allí estaba su salvación.

Segura entonces de entenderse con su amigo, fué ella la que franqueó la distancia que aún les separaba.

— Nada temáis, señorita, dijo Salvador.

— Ya veis que nada temo, caballero, puesto que soy yo quien vengo hacia vos.

— Y tenéis razón, porque nunca habéis tenido un amigo mejor, más tierno y más adicto que yo.

— ¡ Un amigo ! por segunda vez pronunciáis ese nombre, caballero, y sin embargo, yo no os conozco.

— Es verdad, señorita ; pero dentro de un instante me conoceréis.

— En primer lugar, ¿ hace mucho tiempo que estáis aquí ? dijo Mina interrumpiendo á Salvador.

— Estaba aquí ya cuando vinisteis á sentaros sobre el banco.

— Entonces habéis oído...

— Todo. Eso es lo que deseáis saber antes de responderme, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— Pues bien, creed que no he perdido una palabra de lo que os ha dicho Mr. Loredán de Valgeneuse ; ni una palabra de lo que le habéis respondido, y que mi admiración por vos y mi desprecio por él han crecido á la par.

— Ahora, caballero, una pregunta todavía.

— Deseáis saber cómo me encuentro aquí, ¿ no es verdad ?

— No, caballero, tengo fe en ese Dios que invocaba cuando os habéis aparecido, y creo que es la Providencia quien os ha colocado en mi camino. No (la joven dirigió una mirada de curiosidad sobre su traje de cazador, que no descubría ningún rango social), no ; quisiera sólo preguntaros á quién tengo el honor de hablar.

— ¡ Á qué fin deciros quién soy ? Soy un enigma, cuya palabra está en manos de la Providencia. En cuanto á mi

nombre, os diré aquel bajo el que se me conoce. Me llamo Salvador, aceptad este nombre como de buen agüero, quiere decir: *Salvador, el que salva*.

— Salvador, repitió la joven. Un nombre hermoso, en el que me fio.

— Hay otro en el que os fiaríais mucho más.

— Ya lo habéis pronunciado una vez, ¿no es verdad?

— El de Justino.

— Sí.

— ¿Conocéis, pues, á Justino, caballero?

— Á las cuatro aún estaba á su lado.

— ¡Oh! caballero, espero que seguirá amándome.

— Os adora.

— ¡Pobre Justino! es muy desgraciado sin duda.

— Está desesperado.

— Sí; pero le diréis que me habéis visto, ¿no es verdad? Le diréis que le amo siempre, que no amo más que á él, que nunca amaré más que á él, y que moriré antes que pertenecer á otro.

— Le diré lo que he visto y oído; pero escuchad, debemos aprovecharnos de la combinación extraña de acontecimientos que, en la hora misma en que persigo las huellas de un crimen, me conduce á otro, como si las redes infames del asesinato y del rapto se cruzasen. No hay un momento que perder, la noche avanza. Tenéis mil cosas que decirme, que referirme, que es importante que yo las sepa, que es importante que las sepa el mismo Justino.

Mina hizo un movimiento.

— Yo comenzaré, para que no conservéis ninguna duda, y no hablaréis hasta que sepáis á quién se dirigen vuestras palabras.

— Es inútil, caballero.

— Tengo que hablaros de Justino.

— ¡Oh! entonces, os escucho.

Y Mina se sentó sobre el banco, haciendo cerca de sí á Salvador un sitio, que tanto había ambicionado Loredán, y no había podido obtenerlo.

Brasil bien hubiera querido volver hacia la espesura; pero una orden imperiosa de Salvador le hizo acostar á sus pies y los de Mina.

— Sed bien venido, caballero, que venis de parte de ese ángel de bondad que se llama Justino. Repetidme todo lo que dijo, todo que hizo cuando no me encontró en Versalles.

— Todo lo sabréis, todo, respondió Salvador estrechando dulce y fraternalmente con las suyas la mano que Mina le tendía, y que ya no pensó en sacar de ellas, ni él en devolvérsela.

Entonces, Salvador le refirió, palabra por palabra, el drama á cuyo desenlace hemos asistido; cómo conducidos por los sonidos del violoncelo, él y Juan Robert, á casa del maestro de escuela, le habían ofrecido su adhesión; cómo al salir de su casa habían encontrado á Babolin; cómo éste llevaba una carta; cómo aquella carta anunciaba el rapto de Mina; cómo entonces Justino y Juan Robert habían ido á casa de la Brocante, mientras que él corría á la prefectura de policía y llevaba á Mr. Jackal á Versalles. Detalló á Mina, de modo que ésta no conservase ninguna duda, respecto á la parte que había tomado en aquella expedición, la distribución del colegio de Mad. Desmarests, y el interior de la habitación de la joven, y el plano del jardín por el que había sido robada, y más de una vez sintió estremecerse de espanto la mano de Mina, que más de una vez también tembló de pudor al ver sus secretos descu-

biertos. En seguida, cuando Salvador entró en los menores detalles de los pasos que había dado para encontrar á Mina, pasos hasta entonces inútiles; cuando le hubo dicho la tristeza y la obscuridad de aquel interior, cuya luz y cuya alegría habían volado, y que estaba reducido á la madre, al hermano y la hermana, escuchó á su vez, porque le correspondía á Mina hablar, devolviendo á Salvador narración por narración. En el momento en que Mina abría la boca para comenzar, la detuvo Salvador, haciéndole la última recomendación.

— Sobre todo, le dijo, querida novia de mi Justino, querida hermana de mi alma, no olvidéis ningún detalle de vuestro rapto; es importante saberlo todo; comprendedlo bien. Luchamos con un enemigo que tiene las dos cosas que consiguen la impunidad aquí abajo, la riqueza y el poder.

— ¡Oh! estad tranquilo, respondió Mina; aunque viviese cien años, me acordaría del menor episodio de esa terrible noche, como me acordaba al día siguiente por la mañana, como me acuerdo hoy.

— Escucho.

— Había pasado toda la velada con Susana de Valgeneuse, ella sentada en un sillón, al pie de mi lecho, yo un poco enferma y acostada, envuelta en un gran peinador.

Hablábamos de Justino; el tiempo pasaba pronto. Oímos las once.

Hice observar á Susana que era ya muy tarde, y que sería hora de separarnos.

— ¿Tanta prisa tienes por dormir? me dijo. En cuanto á mí, no tengo ningún deseo.

— Hablemos.

En efecto, parecía agitada, febril; escuchaba prestando el oído al menor ruido; miraba hacia la ventana, como si su

mirada hubiera querido ver en el jardín ó á través de las dobles cortinas.

Dos ó tres veces le pregunté:

— ¿Qué tienes?

— Yo, nada, respondió siempre

— No me había pues equivocado, interrumpió Salvador.

— ¿Qué habíais pensado, amigo mío?

— Que ella estaba en el complot.

— Á fuerza de pensar en su agitación, he concluido por creerlo también, dijo Mina. En fin, á las doce menos cuarto se levantó diciéndome:

— No cierres la puerta, Mina. Si no puedo dormir, lo que es probable, volveré.

Me besó, y salió.

Senti sus labios temblar en el momento que tocaban mi frente.

— Beso de traición, labios de Judas, murmuró Salvador.

— Yo no tenía deseo de dormir; pero deseaba estar sola.

— Para releer las cartas de Justino, ¿no es verdad? dijo Salvador.

— Sí, dijo Mina ruborizándose, ¿quién os ha dicho eso?

— Las hemos encontrado esparcidas sobre vuestro lecho y por el suelo.

— ¡Oh! mis cartas, mis queridas cartas, dijo Mina, ¿qué ha sido de ellas?

— Estad tranquila, Justino las tiene.

— ¡Oh! ¡cuánto quisiera tenerlas, y cuánta falta me hacen aquí!

— Las tendréis.

— Gracias, hermano mío, dijo Mina estrechando la mano de Salvador.

Ella continuó:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Leía, pues, aquellas queridas cartas, cuando sonó la medianoche.

Pensaba que era tiempo de desnudarme y acostarme. Pero en el momento en que hacía esta reflexión, me pareció oír pasos en el corredor que va de la escalera al jardín.

Pensé que era Susana que volvía.

Los pasos pasaron de mi puerta, y el ruido se extinguió.

— ¿Eres tú, Susana? pregunté.

Nadie me respondió.

Me pareció entonces que sentía correr los cerrojos de la puerta del jardín y girar aquella puerta sobre sus goznes.

Nunca, después de anochecido, iba persona alguna á aquel jardín sombrío, inmenso, que daba á una callejuela desierta.

El cuchicheo de muchas voces llegó hasta mí.

Me incorporé sobre mi lecho, y apliqué el oído toda temblorosa.

Oía á mi corazón latir violentamente.

En aquel momento la bujía chisporroteó y se apagó, como se dice que sucede cuando amenaza una desgracia.

Mis ojos estaban fijos en la puerta. No tenía más que dar un paso para dar la vuelta á la llave y correr el cerrojo.

Dejé deslizar una de mis piernas hasta el suelo. Me parecía que exteriormente una mano buscaba el botón de mi puerta.

Me lancé; pero en el momento en que con el extremo de mis dedos iba á correr el cerrojo, se abrió la puerta violentamente, rechazando mi mano atrás, y en la penumbra del corredor vi dos hombres enmascarados.

Más lejos, detrás de ellos, me pareció ver, como un fantasma, deslizarse una mujer.

Lancé un grito, uno solo.

Me sentí cogida por el cuerpo, y una mano apoyarse sobre mi boca.

Oí que se cerraba mi puerta por dentro y que se volvían á echar los cerrojos.

Después, en vez de la mano, fué un pañuelo lo que se extendió sobre mis labios, apretándolo tan fuertemente, que me era imposible respirar.

Oré, porque creí que iba á morir ahogada.

— Pobre niña, murmuró Salvador.

— Golpeé el aire con mis brazos; pero una mano vigorosa los cogió, los condujo á mi espalda, y me ató las muñecas con un pañuelo.

Desde el primer choque, fuese por casualidad, fuese á propósito, se había apagado la bujía.

Oí que se corrían las cortinas y se abría la ventana.

Una sensación de frescura llegó hasta mí; la obscuridad de mi cuarto disminuyó un poco; vi á través del cuadro de la reja los árboles negros y el cielo brumoso.

Otro hombre enmascarado aguardaba cerca de la ventana, al lado de afuera, en el jardín.

Senti que uno de aquellos hombres me cogía entre sus brazos, y me pasaba del interior al exterior.

— Aquí está, dijo.

— Me parece que ha gritado, dijo la voz del jardín.

— Sí, pero nadie la ha oído, y si han oído y vienen, la señorita está en la escalera, dirá que ha dado un paso en falso, que se ha torcido un pie, y que el dolor le ha arrancado un grito.

Esa palabra la señorita me recordó aquella mujer que había creído ver.

Entonces pasó como un relámpago por mi imaginación

la primera sospecha de que Susana era cómplice en mi rapto, y que uno de los hombres enmascarados era su hermano.

Si era así, nada tenía que temer respecto á mi vida; pero ¿ganaré algo con salvarla?

Mientras tanto, me sentí llevar á través del jardín.

El que me llevaba se detuvo al pie de una pared, en cuya cima estaba apoyada una escala.

Me sentí pasar por encima de la pared, y me pareció que tres personas reunidas ejecutaban aquella peligrosa traslación.

Una escala aguardaba al otro lado de la pared.

Un carruaje estaba parado junto á la escala.

Reconoció la callejuela desierta que iba á lo largo del jardín.

Se me bajó con las mismas precauciones que se me había subido.

Uno de los hombres entró en el carruaje antes que yo; los otros dos me introdujeron en él: mi compañero de viaje me hizo sentar en la banqueta del fondo, diciéndome:

— Nada temáis, no se os quiere mal.

Uno de los hombres que estaban á la parte de fuera cerró la portezuela.

El otro dijo al cochero:

— Adonde sabéis.

El carruaje partió al galope.

En aquellas palabras:

— *Nada temáis, no se os hará mal* había reconocido la voz del hermano de Susana, del conde Loredán de Valgeneuse.

— Sí, dijo Salvador, del que estaba aquí hace un mo-

mento, á quien hubiera podido tan fácilmente alojarle una bala en la cabeza. Pero yo no soy un asesino, yo...

Continuad, Mina.

CAPÍTULO XIII.

EL CAMINO.

Al instante que estuvimos fuera de Versalles, el conde de Valgeneuse desató el pañuelo que me cubria la boca y el que me sujetaba las manos.

Tenia los labios llenos de sangre, y durante más de quince días conservé en las manos la marca azulada del nudo.

— ¡Miserable! murmuró Salvador.

— Señorita, me dijo, ya veis que os devuelvo toda la libertad que puedo; no gritéis, no llaméis. Os advierto que tengo en mis manos el honor y la vida misma de Justino. Una palabra vuestra le deshonorra, un grito le mata.

— ¡Vos! exclamé con desdén.

— Os daré la prueba de lo que digo. Entretanto, os doy mi palabra de honor de que os digo la verdad.

— ¡Vuestra palabra de honor! repeti yo; jurad sobre otra cosa, caballero, si queréis que os crea.

— Mientras tanto, reflexionad en mis palabras.

— Sí, caballero, y os prevengo que mis reflexiones me impedirán responderos. Es, pues, inútil que me habléis.

Sin duda el conde se tuvo por advertido, porque, durante todo el camino, no pronunció una sola palabra.

En la barrera se detuvo el carruaje, y se abrieron á la vez las dos portezuelas.

Estaba pronta á lanzarme.

El conde no intentó retenerme, pero me dijo solamente:

— ¡ Sabéis que matáis á Justino !

Yo no sabía cómo mataba á Justino ; pero apreciaba en su justo valor á mi raptor, y le creía capaz de todo.

Me agaché silenciosa en el rincón del carruaje.

Entramos en París.

El carruaje llegó á los Campos Eliseos, siguió la orilla del agua, atravesó un puente, dió algunos pasos en una calle y se detuvo.

El cochero gritó : La puerta.

La puerta se abrió pesadamente, el carruaje entró en un patio y bajé. El patio estaba cerrado por todos lados con edificios, excepto por uno de sus frentes, el de la pared que daba á la calle.

— Si, eso es, murmuró Salvador.

— Subí una gradería.

— ¡ Cinco escalones ?

— Sí, los he contado. ¿ De dónde sabéis eso ?

— Continúad, hija mía, continuad : os sigo paso á paso.

— Entramos en un vasto vestíbulo. Abrióse una puercecita delante de mí, una escalera pareció presentarse por sí misma ante mis pies ; subí diez y ocho escalones...

— Después uno, que hacia el umbral de la cámara adonde se os condujo.

— ¡ Eso es ! ¡ eso es ! Ignoraba completamente dónde estaba.

— ¡ Yo lo sé, yo ! Estabais en la calle del Bac, en el

palacio que el marqués de Valgeneuse, padre del conde, ha heredado de su hermano primogénito, muerto sin hijos, añadió Salvador, dando una extraña expresión á estas tres palabras.

— Si, ahora que pienso en ello, es probable.

Abrióse una puerta delante de mí, casi tan mágicamente como las otras.

Hallábame en una grande habitación toda tendida de tapicería, toda amueblada con muebles de encina y que parecía una biblioteca, á causa de los muchos libros alineados contra la pared, puestos sobre las sillas, sobre las mesas, y hasta arrojados por el suelo.

— Si, dijo Salvador, el estudio.

— Tened la bondad de aguardar aquí un poco, señorita, y nada temáis, aquí estáis en mi casa. Esto es decirós que no corréis ningún peligro. Dentro de un instante tendré el honor de volveros á ver ; tengo que tomar algunas disposiciones, y volveremos á marchar inmediatamente. Si necesitáis algo no tenéis más que llamar ; hay en la pieza vecina una doncella á vuestro servicio.

Y se retiró sin aguardar mi respuesta, porque estaba seguro de que no habia de responderle.

Apenas estuve sola me ocurrió el pensamiento de arrojarme por la ventana y romperme la cabeza contra el pavimento ; pero la única abertura que habia en aquella habitación estaba en el techo, es decir, á más de quince pies de altura.

Cai de rodillas é invoqué á Dios. Por desgracia, sin duda no estaba aún experimentada. Dios no me respondió, como lo ha hecho hace un momento por vuestra voz, y no tuve otro consuelo que llorar todas las lágrimas de mis ojos. En aquel momento cruzó una idea por mi mente.

Escribir á Justino...

Encontré papel; pero se habían llevado las plumas y la tinta.

Por fortuna, sobre la mesa se encontraba una cartera olvidada.

Aquella cartera contenía un lápiz.

Lo saqué vivamente y escribí á toda prisa dos líneas.

No temía más que una cosa. Había dicho tan poco á Justino que le amaba, que podía creerme culpable.

¿Qué le escribí? Yo no lo sé.

— Yo lo sé, dijo Salvador.

— ¿Lo sabéis vos?

— Si, puesto que estaba allí cuando recibió la carta. Le escribais estas pocas palabras:

« Me roban á la fuerza, me arrastran... no sé dónde. ¡ Ven á mi socorro, Justino! Sálvame, hermano mío. Ó véngame, esposo mío.

» MINA. »

Ahora bien, ¿qué medios habéis empleado para hacerla llegar á él? Eso siempre ha permanecido obscuro para nosotros, y creo que respecto á este punto, la Brocante ha tenido algo que ocultarnos.

— En dos palabras voy á deciroslo, repuso Mina.

Apenas había escrito el sobre, cuando oí un ruido de pasos en el corredor.

Oculté la carta en mi pecho y aguardé.

Apareció una doncella y se puso á mi disposición.

Yo rehusé sus servicios, y se retiró.

La carta estaba escrita; pero cómo hacerla llegar. Puse el atractivo de una fuerte recompensa en el sobre, y conté con la Providencia.

Oí de nuevo ruido en el corredor, y esta vez apareció el conde.

— ¿Estáis pronta á acompañarme? me preguntó.

— Bien sabéis que no puedo hacer otra cosa, le respondí.

Y me levanté.

— Entonces, venid, me dijo friamente.

Le seguí.

Bajamos la misma escalera estrecha, y me volví á encontrar en el mismo patio que habíamos pasado al venir.

Al pie de la escalera estaba un carruaje de otra forma y otro color que el que nos había traído.

El conde me hizo subir la primera y subió en seguida.

Abrióse la puerta de nuevo y partió el carruaje.

Yo no conozco á París, de modo que no puedo decir por qué calles pasamos.

Por otra parte, yo no pensaba más que en una cosa, no tenía más que una idea fija, hacer que mi carta llegase á Justino.

Podía muy bien pretextar calor, abrir el vidrio del carruaje, y arrojar mi carta en la calle; pero había lodo, y los transeúntes hubieran podido pasar por encima sin verla.

¿Qué hacer?

Vi luces á lo lejos, algo así como antorchas que se agitaban. Eran máscaras, según me pareció.

Pedí que se bajase el vidrio; pero el conde, temiendo sin duda que pidiese socorro, se negó formalmente.

— ¡ Pero me ahogo! le dije.

— Dentro de un instante, respondió, tendréis aire.

Pasamos por en medio de una especie de mercado, entramos en una larga fila de calles estrechas y mal empe-

dradas, en las que los caballos tropezaban á cada instante.

Noté á lo lejos una lucecita temblorosa y que parecía fija sobre un guardarruedas.

En seguida, al resplandor de aquella luz, me pareció ver que se movía una forma humana.

Una idea cruzó por mi mente.

Aquella forma humana era probablemente algún traperero: quienquiera que fuese, si este individuo oía caer cerca de sí un objeto cualquiera, no dejaría de recogerlo, y viendo la recompensa prometida, llevaría la carta adonde decía el sobre.

¿Cómo hacer para que oyera caer la carta?

Mientras tanto, el carruaje marchaba rápidamente, nos acercábamos á la luz y entreví claramente una mujer.

Bueno, me dije, esta mujer va buscando por todo el suelo, y encontrará mi carta.

Sagué mi carta; pero al llevar la mano al pecho, sentí una cadena.

Aquella cadena sostenía una muestrecita que Justino me había dado.

¡Pobre muestrecita!

Era todo lo que tenía de Justino...

Todo lo que tenía de Justino, me equivocaba; al contrario, nada tenía que no viniese de Justino. ¿No era él quien nueve años hacía me daba todo lo que necesitaba?

¡Pobre muestrecita!

Me había dicho tantas veces la hora en que Justino iba á llegar; nunca se había separado de mí, ni de día ni de noche, é iba á separarme de ella entonces. Sí; ¿pero no hacía ese sacrificio por la esperanza de volver á ver á Justino?

La quité de mi cuello y la besé llorando amargamente. Envolví la carta en derredor de ella, y la cadena en derredor de la carta.

En aquel momento se detuvo el carruaje.

Habíamos llegado cerca del guardarruedas, sobre el que estaba la linterna.

El conde abrió el vidrio de delante, y dirigiéndose al cochero, le gritó;

— ¿Por qué te detienes, miserable?

— Señor conde, respondió el cochero, es que me previene esa mujer que no se puede pasar, atendido á que se está empedrando la calle.

— Vuelve entonces y toma otra calle.

— Eso es lo que hago, señor conde.

Esta era una gracia que el cielo me concedía.

Mientras que el conde se había inclinado hacia adelante, alargué el brazo á través de la abertura del vidrio bajo, y lancé mi paquetito todo lo más listamente que pude.

Fué á chocar contra la pared, á la que estaba arrimado el guardarruedas, y sentí mi corazón despedazarse al oír el ruido que hizo al romperse el cristal de mi muestra.

¡Pobre muestrecita!

Había tenido tiempo de arrojarla y retirar el brazo antes que el conde se volviese.

De nada se dió cuenta.

Giró el carruaje sobre sí mismo, y en el movimiento que hizo, aun tuve tiempo de ver á la traperera coger su linterna, alumbrar el suelo y recoger el paquete.

Desde aquel momento me creí salvada, y resolví armarme de paciencia.

Dos horas después entrábamos en este castillo, deshabitado hace siete ú ocho años, y que el conde había al-

quilado un mes antes con el objeto de conducirme á él.

— Señorita, me dijo, estáis en vuestra casa. Ved aquí vuestra habitación, en la que no se entrará sin que vos llaméis. Reflexionad bien en la suerte que os esperaba con ese miserable maestro de escuela, en su tabuco de la calle de Santiago, luchando siempre con las necesidades del día, y comparadla á la que os ofrece un hombre de mi rango, con doscientas mil libras de renta, que hace del mundo entero vuestro reino. Una doncella vendrá á ponerse á vuestra disposición.

Y salió.

En efecto, detrás de él entró una doncella.

Me ofreció de comer.

Le respondí que dejase la comida en mi habitación, y que si tenía hambre por la noche, comería.

No tenía ni necesidad, ni deseo de tocar á la comida; tenía una esperanza.

Esta esperanza se realizó.

Con los postres se me sirvieron cuchillos para cortar las frutas. Cogi uno de hoja delgada y afilada; estaba ya medio salvada.

Ignorando cuáles podían ser las entradas secretas de aquella habitación, ni siquiera intenté cerrar las entradas visibles. Resolví no acostarme, y si dormía, dormir cerca del fuego en un gran sillón.

Oculté el cuchillo en el pecho: me puse, en virtud de una plegaria santa y profunda, bajo la guardia del Señor.

Y esperé.

CAPÍTULO XIV.

LOS ARTÍCULOS 354, 355 Y 356.

La noche transcurrió tranquila.

Estaba yo tan rendida á consecuencia de todas las sacudidas que habia experimentado, que á pesar de mi inquietud, me dormí.

Es verdad, que á cada cinco minutos despertaba estremeciéndome.

Vino el día, y con el día el malestar que acompaña á una noche pasada fuera de la cama.

El fuego estaba próximo á extinguirse. Añadí leña á la que acababa de consumirse, y conseguí calentarme.

Mis ventanas estaban situadas al Oriente; pero el sol parecía que no debía levantarse aquel día.

Fuí á la ventana y corrí las cortinas.

La ventana daba sobre una pradera, en medio de la que dormían, rodeadas de cañas, las aguas tristes de un estanque; al lado de allá del estanque se extendía un parque, cuyo fin impedía una hábil disposición el que se viese.

Todo aquello, las dormidas aguas, el césped amarillo, los árboles despojados de sus hojas, á excepción de una espesura de pinos, todo era de una melancolía profunda.

Por lo demás, yo prefería la naturaleza así; á lo menos estaba en armonía con las disposiciones de mi corazón.

En el momento en que abría la ventana, un débil rayo

de sol, el único que brilló en todo aquel sombrío día, penetró á través de las nubes grises.

Me dirigí á él, como á un mensajero del Señor. Le envié mi plegaria, suplicándole que la pusiese al pie del trono de Dios; es decir, de donde partía. Le hablé de Justino más aún que de mí. Justino, sin saber lo que era de mí; Justino, ignorando si le amaba bastante para resistir á las seducciones y las amenazas, me parecía más digno de lástima que yo, segura como estaba de mí misma, y por consiguiente de permanecer fiel á Justino.

Mientras concluía mi plegaria, me pareció oír abrir mi puerta.

Me volví... era el conde.

Dejé mi ventana como estaba; me encontraba menos aislada, teniendo delante de mí aquel cuadro abierto sobre el gran cuadro del cielo.

Me agarré á la barra.

— Señorita, me dijo el conde, os he oído abrir vuestra ventana, y desde entonces, pensando que estabais levantada, me he permitido presentarme á vos.

— No me he acostado, caballero, como podéis ver, respondi.

— Y habéis hecho mal, señorita. Estáis aquí tan segura como si estuviérais guardada por vuestra madre.

— Si tuviera la dicha de tener una madre, caballero, no estaría aquí probablemente.

El conde calló un instante.

— ¡ Mirabais el paisaje? dijo. En este tiempo debe pareceros triste; pero por la primavera se asegura que es uno de los más bellos de las cercanías de París.

— ¡ Cómo por la primavera! le dije. ¿ Pensáis, pues, que por la primavera esté aún aquí?

— Estaréis donde queráis; en Roma, en Nápoles, en Italia; donde quiera que os agrade; donde quiera que permitáis seguiros al hombre que os ama,

— ¿ Estáis loco, caballero? le dije.

— ¿ No habéis, pues, reflexionado? preguntó el conde.

— Si tal, caballero.

— ¿ Y el resultado de esas reflexiones?

— Es que, en nuestra época, no se roba seriamente á una joven, por aislada que esté.

— No os comprendo.

— Voy á hacerme comprender. Suponed hasta que estoy prisionera en esta habitación.

— ¡ No lo estáis, á Dios gracias! esta casa está toda ella á vuestra disposición, habitaciones y parque.

— ¿ Y contáis con que, gracias á las paredes, demasiado altas para ser escaladas, á las rejas, demasiado sólidas para ser forzadas, no podré huir?

— No tendréis necesidad, para huir, de escalar las paredes; las puertas están abiertas desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche.

— Pues bien, entonces, pregunté atónita, ¿ cómo esperaréis retenerme aquí, caballero?

— Apelando simplemente á vuestra razón.

— Explicaos.

— ¿ Me habéis dicho que amáis á Justino?

— Sí, caballero, le amo.

— Entonces, ¿ os disgustaría el que le sucediese alguna desgracia?

— ¡ Caballero!

— Pues en verdad, que la mayor desgracia que pudiera sucederle en este momento, es que intentaseis huir de este castillo.

- ¿Cómo así?
- Porque Mr. Justino pagaría por vos.
- ¡Justino pagaría por mí! Pues, ¿qué tiene que ver Justino con vos?
- No conmigo, señorita, con la ley.
- ¿Cómo con la ley?
- Sí. Intentad huir, huid, y diez minutos después que sepa yo vuestra fuga, Mr. Justino estará en una prisión.
- ¿Justino en prisión! ¿y qué crimen ha cometido, Dios mío? ¡Oh! queréis asustarme; pero, á Dios gracias, no soy aún bastante insensata, ni bastante idiota, para creer sobre vuestra palabra,
- Tampoco pretendo que me creáis así; pero, ¿me creeréis viendo la prueba?
- Yo comenzaba á asustarme al ver su seguridad.
- ¡Caballero! baluceé.
- Sacó de su bolsillo un librito rayado con muchos colores.
- ¿Conocéis este libro? me preguntó.
- Me parece que es un código.
- Sí, es un código. Tomadle.
- Yo vacilaba.
- ¡Oh! os suplico que le toméis. Queréis pruebas, y es preciso que os las dé, ¿no es verdad?
- Lo cogí.
- ¡Muy bien! abridle por la página 800, código penal, libro III.
- ¿Después?
- ¡Párrafo 2º!
- Párrafo 2º.
- Leed. Notad bien que no se ha impreso para vos sola, de lo que podéis aseguraros, enviando á buscar otro igual á casa del notario ó del alcalde.

— ¿Que lea?

— Sí, leed.

Lei:

§ 2º. *Rapto de menor.*

554. Cualquiera que por fraude ó violencia haya robado ó hecho robar menores ó los haya separado ó hecho separar de los lugares donde estaban puestos por aquellos á cuya autoridad ó dirección estaban sometidos ó confiados, sufrirá la pena de reclusión.

Levanté los ojos sobre el conde, como para interrogarle.

— Continúad, dijo.

555. Si la persona así robada ó separada es una joven menor de diez y seis años cumplidos, la pena será la de trabajos forzados por tiempo...

Comencé á comprender.

Palidecí.

— ¡Miserable! murmuró Salvador.

— Ese es el caso de Mr. Justino, dijo friamente el conde.

— Sí, señor, repuse; pero con la diferencia, de que le he seguido voluntariamente, de que diré en voz alta que me ha salvado la vida, que se lo debo todo, que...

El conde me interrumpió diciendo:

— El caso está previsto en el párrafo siguiente. Leed.

556. Cuando la joven, menor de diez y seis años, hubiera consentido en su rapto ó seguido voluntariamente al raptor, si éste era mayor de veintiún años...

— Mr. Justino, interrumpió el conde, tenía justamente veintidos años; me he informado de su edad. Continúad.

Yo repuse:

— De veintiún años será condenado á trabajos forzados. Cayóseme el libro de los manos.

— Pero en vez de ser castigado, exclamé, merecería Justino una recompensa.

— Eso, señorita, repuso friamente el conde, lo apreciarán los tribunales. Pero debo deciros de antemano, que por haber sustraído una menor, por haberla secuestrado en su casa, por haberse querido casar con ella sin el consentimiento de sus padres, sabiendo que esa menor era rica, debo deciros, repito, que dudo que los tribunales decreten á Mr. Justino el premio de la virtud.

— ¡ Oh ! exclamé.

— En todo caso, continuó el conde, intentad huir, y la cuestión se decidirá bien pronto.

Sacó de su bolsillo un papel y lo desdobló. Aquel papel estaba sellado con el sello del Estado.

— ¿ Qué eso aún ? le pregunté.

— Nada. Una orden de prisión sacada de antemano, que lleva el nombre de Mr. Justino, como veis, y está á mi disposición.

La libertad de Mr. Justino está, pues, en mis manos. Una hora después de vuestra fuga, su honor estará en manos de los tribunales.

Yo sentía correr el sudor por mi frente. Me faltaron las piernas y caí sobre el sillón más próximo.

El conde se bajó, recogió el código, y lo puso abierto sobre mis rodillas.

— Tomad, dijo, os dejo este librito. Meditad los artículos 554, 555, y 556, y no digáis más que no sois libre para huir.

Y saludándome con fingida cortesania, se retiró. Salvador, á su vez enjugó su frente.

— ¡ Ah ! dijo, ¡ lo hará como lo dice el miserable !

— ¡ Oh ! así lo he creído dijo Mina. Hé ahí por qué no

he huído, por qué no he escrito á Justino, por qué he callado como si estuviera muerta.

— Y habéis hecho bien.

— Esperaba, aguardaba, oraba. Ahora estáis aquí, sois amigo de Justino, y decidiréis ; pero en todo caso, decidle...

— Le diré, Mina, que sois un ángel, repuso Salvador poniéndose de rodillas delante de la joven y besándole respetuosamente la mano.

— ¡ Ah ! ¡ Dios mio ! dijo Mina, ¡ qué de gracias tengo que daros por haberme enviado semejante socorro !

— Sí, Mina, dad gracias á Dios, porque es la Providencia quien me ha conducido aquí.

— ¿ Pero vos, sin embargo, teniais alguna sospecha ?

— No, respecto á vos ; ignoraba dónde estabais, qué lugar habitabais ; habia concluido por creerlos fuera de Francia.

— Pues entonces, ¿ qué veniais á buscar aquí ?

— ¡ Oh ! perseguía otro crimen que no puedo deciros, y cuyas pesquisas me veo por el momento obligado á interrumpir.

Vamos á lo más urgente, es decir, á vos. Cada cosa vendrá á su tiempo y á su vez.

— Pues bien, ¿ qué decidís respecto á mí ?

— En primer lugar, es importante que el pobre Justino tenga noticias de vos, que sepa que estáis buena, y que le amáis siempre.

— Os encargáis de decirselo, ¿ no es verdad ?

— Estad tranquila.

— Pero á mí, á mí, dijo Mina, ¿ quién me dará noticias tuyas ?

— Mañana, á la misma hora, las encontraréis en la

arena, bajo este banco, y si no pudiese hacéros las llegar mañana, pasado mañana en el mismo sitio.

— ¡ Gracias, mil veces gracias, caballero ! pero retiraos, ó al menos ocultaos ; oigo ruido de pasos sobre la arena, y vuestro perro parece inquieto.

— ¡ Quedito ! Brasil, dijo Salvador en voz baja al perro, mostrándole la espesura.

Brasil volvió á entrar en el bosque.

Siguióle Salvador, y estaba ya medio internado, cuando la joven, inclinándose hacia él, le alargó la frente, diciéndole :

— Besadle por mí, como me besáis por él.

Salvador depositó sobre la frente de la joven un beso tan casto, como el rayo de luna que le alumbraba.

En seguida entró vivamente en la espesura.

La joven no aguardó á que los pasos se acercasen más, y se lanzó rápidamente hacia la casa.

Al cabo de algunos segundos oyó una voz de mujer, que decía :

— ¡ Ah ! ¿ sois vos, señorita ? El señor conde, al partir, me ha ordenado que viniese á deciros, que el aire de la noche era frío, y que podría haceros mal el hallaros á él más tiempo.

— Aquí estoy, dijo Mina.

Y las dos mujeres se alejaron.

Escuchó Salvador el ruido de los pasos que iba debilitándose, y concluyó por extinguirse del todo.

Entonces se inclinó, buscando de nuevo el agujero hecho por Rolando, que se había puesto á lamer otra vez aquella cosa extraña que había producido sobre Salvador tan terrible efecto.

— Son los cabellos de un niño, murmuró. Es pre-

ciso que me informe si Rosa de Noel tenía un hermano. En seguida, separando á Rolando, arrimó la tierra con el pie, llenó el agujero y pisoteó encima, para volver á poner las cosas en el estado en que se hallaban antes del descubrimiento que acababa de hacer.

En seguida, terminada la operación, dijo :

— ¡ Vamos Rolando, marchemos ! Pero estáte tranquilo, mi buen perro, volveremos aquí... un día... ó una noche.

FIN DEL LIBRO DUODÉCIMO.